

Creador Emérito

Compromiso con el oficio

(4 de mayo del 2006)

Víctor Orozco

Quiero agradecer al Instituto

Chihuahuense de la Cultura el haberme conferido la distinción de Creador Emérito y al rector de nuestra Universidad Autónoma de Ciudad Juárez por haberme propuesto para tan honroso galardón en la reciente convocatoria pública David Alfaro Siqueiros. A todos ustedes por su acompañamiento.

Cuando era estudiante en la Universidad de Chihuahua, hace unos cuarenta años, me tocó escuchar una conferencia-mitín del gran pintor nacido en Camargo. Poco tiempo antes había dejado la prisión a la que fue sometido de 1960 a 1964 por el presidente de la República Adolfo López Mateos, en castigo por su militancia al lado de los trabajadores ferrocarrileros y de los maestros, así como por la organización del comité de defensa de las garantías individuales. Se me quedaron en la memoria algunas cosas que allí dijo. Una de ellas tenía que ver con el compromiso de la cultura con las grandes causas, como bellamente decía un cura católico que profesaba la teología de la liberación (único que en Chihuahua, por cierto, me aceptó como padrino en un bautizo). Aludía Siqueiros a un antiguo debate entre dos propuestas:

—La de aquellos que piensan que los trabajos de creación —y me refiero aquí a todo tipo de quehacer intelectual, sea en la literatura, en las artes, en la historia o en las ciencias naturales, pues todos ellos lo son en una forma u otra— no tienen otra fidelidad más que con sus propias leyes, su dinámica interna y sus fines específicos; y

—La de quienes consideran imposible y estéril construir argumentos, reconstruir y entender procesos históricos o explicar a los naturales al margen de lo que sucede en la sociedad. Esto es, que aún el científico o el intelectual que se tenga por químicamente puro, depende para su quehacer de una condición de mínima libertad. Y ésta, o puede ser liquidada o establecida sólo desde el entorno social en el que convive.

Me adscribí desde muy joven a la última idea y siguiendo también otra divisa cara al pensamiento de David Alfaro Siqueiros, he considerado que el trabajo

intelectual es siempre una labor que mantiene compromisos y responsabilidades. Las tienen unos con los que ocupan los sitios del privilegio y el poder, las tienen otros con los que luchan por libertades e igualdades.

Cada vez que se pone en marcha algún gran movimiento emancipador, se opera la división entre los intelectuales. En la Norteamérica de hoy, por ejemplo, los liberales, como se identifica allá a las corrientes de la izquierda, forman filas con los millones de emigrantes que tratan de alcanzar derechos negados hasta ahora; los conservadores, a su vez, se arropan con las tesis del nacionalismo y la preservación de supuestas identidades, para caer al final en el racismo y en la discriminación. La revolución mexicana escindió a los intelectuales, lo hizo el movimiento estudiantil de 1968 y lo hizo el alzamiento zapatista de 1994.

Y es posible también que se haga ciencia para destruir y aniquilar, no para construir y salvar. Y que se utilice a la cultura no para elevar al hombre, sino para someterlo y degradarlo, o bien para infamar y denigrar. En gran escala, el siglo XX conoció las monstruosidades del fascismo y del stalinismo. Todavía recordamos con pasmo cómo fueron avasalladas la inteligencia y la razón por los ministerios de propaganda y de "cultura" en la Alemania nazi y en la Unión Soviética. Y cómo se fabricaron las grandes mentiras y se ocultaron las grandes verdades.

Son los casos extremos, ocurridos hace apenas unas cuantas generaciones. Otros muchos ha habido a lo largo de la historia, representados por inquisiciones y cacerías de brujas. Nuestro tiempo, parecería demasiado lejano de tales atrocidades, pero en diverso plano y en nuevos contextos, se asoma el viejo rostro del totalitarismo. Hay que derrotarlo.

Nuestro país corre el peligro de caer bajo el dominio de dos o tres zares de las finanzas, de los medios y del poder político, quienes decidirán qué vemos, qué oímos y a quién elegimos. La denigrante aprobación de la ley de radio y televisión por el senado y su apresurada promulgación por el presidente de la República auguran ominosos signos sobre el horizonte de la cultura y peor aún,

sobre la capacidad de los mexicanos para decidir sobre nuestro destino. De no revertir este desastroso acto de los dos poderes federales, el pensamiento crítico, la libre elección de los gobernantes y el propio sistema democrático, se encuentran en un grave riesgo. Es el viejo rostro del Hermano Mayor que todo lo sabe y todo lo vigila. Hay que derrotarlo.

Existe otro deber fundamental de los quehaceres intelectuales, aun cuando no les es privativo, porque lo tienen todas las labores, desde las más modestas hasta las consideradas excelsas: es el compromiso con el oficio. Permítanme ilustrar esta responsabilidad con la vida ejemplar de nuestro fallecido maestro Federico Ferro Gay. Muchos de los aquí presentes recordaremos alguna ocasión en que se negó a asistir a reuniones y eventos tenidos como muy importantes, incluyendo los organizados en su honor, porque coincidían con su clase. Jamás subordinó su oficio de maestro a ninguna otra actividad, porque asumía que se trataba de su compromiso vital. Es decir, asumió la dignidad de su trabajo y con ello la dignidad de sí mismo. Quizá por ello murió de la mejor manera posible y como todos quisiéramos hacerlo: en su campo de batalla, pues de no ser por las últimas vacaciones, con seguridad habría caído en un salón de clases.

Vale quizá agregar que tal obligación del trabajador intelectual con su oficio resalta en sus relaciones con los poderes fácticos, que pueden ser el Estado, la iglesia, los partidos y los medios de comunicación. Puede acontecer que abdicque por temor a los ataques que le vienen de alguno de ellos o porque se entregue a cambio de dinero o canonjías. En cualquiera de los dos casos estamos en presencia de una autonegación o autoanulación. La libertad y la independencia para formular juicios, constituyen el agua y el aire de las labores de creación. Sin ellas, la obra resultante no es sino una falsificación, una miserable impostura.

Quisiera ahora referirme a alguno de los rasgos que ha tenido la historia cultural contemporánea del estado de Chihuahua, en la que me he involucrado por un largo tiempo. Cuenta esta historia en su haber grandes logros y realizaciones. Desde la fundación de las dos Universidades públicas entre 1954 y 1973, la del Instituto Chihuahuense de la Cultura en 1992, hasta la gigantesca obra historiográfica de Francisco R. Almada, los ensayos históricos de José Fuentes Mares o la literatura de Jesús Gardea. Y el trabajo de novelistas, poetas, historiadores, ensayistas, vivos o muertos, cuya lista desde luego no me atrevería a nombrar, que la enriquecen y enaltecen. Este esfuerzo de construcción y creación ha sido, sin embargo, acompañado también de acciones destructivas, o bien, de omisiones en las políticas públicas que tienen que ver

con el desarrollo cultural. Entre las primeras, señalo una ya muy lejana pero no por ello menos trascendente: la liquidación del antiguo Instituto Científico y Literario del Estado en 1954. Con esta errónea decisión, se cortó de un tajo un proceso de acumulación cultural e intelectual que tenía ciento cincuenta años y que fue irremplazable. Más adelante vino la clausura de la Escuela Preparatoria de la Universidad Autónoma de Chihuahua, que había heredado aquel viejo legado. Años después, también la clausura de la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar con la dispersión y destrucción de sus archivos y herbolario. Nunca podremos los chihuahuenses recuperar este gigantesco patrimonio cultural y científico sacrificado en aras de pasiones e intereses políticos menores y mezquinos. ¡Qué contraste se advierte cuando vemos como ciudades o pueblos en países europeos o en Estados Unidos, guardan como joya sus instituciones culturales!

El intensísimo cambio que ha experimentado Chihuahua durante las últimas tres o cuatro décadas y que ha llevado a establecer nuevos patrones en la distribución de sus habitantes y en las relaciones económicas, no ha tenido correspondencia en la política oficial hacia la cultura. Ciudad Juárez alberga a más del 40% de los habitantes del estado y genera más riqueza, es decir, más bienes económicos per cápita que ningún otro centro urbano en la República. Necesita y justifica una inversión mucho mayor para la generación también de bienes culturales en una similar proporción. No es ocioso recordar que allí donde prosperan las artes, la arquitectura, la literatura, los parques públicos con bibliotecas además de los campos deportivos, aumenta en proporción geométrica la calidad de vida, el sentido de apropiación de la ciudad por su gente.

No voy a extenderme más, pues dirán que me aprovecho de esta ocasión en que no tengo que pedir la palabra y que además no vinieron a aburrirse. Así que, de nueva cuenta muchas gracias, a todos, a los dos Jorges, Quintana y Carrera, por sus generosas palabras, a las que hay que tomar, desde luego, como palabras de amigos.